

DIOS EN LA POESÍA DE BLAS DE OTERO

JUAN CARLOS DIDO¹

Un acendrado sentimiento de soledad domina la poesía de Blas de Otero y emerge de sus versos con singular firmeza y contenido trágico. Soledad de España que eclosiona en un grito; soledad del hombre en la intrincada maraña que significa vivir en el absurdo al no tener una explicación racional de la existencia de Dios; soledad del individuo, que araña en su intimidad buscando un asidero que lo “ancla” en el universo.

Impulsado por esa soledad se lanza a la búsqueda desesperada de Dios, que se hace real y viviente por la necesidad de encontrarlo. La soledad actúa como un doloroso acicate que lo empuja hacia la realidad esencial. Es una búsqueda esperanzada, pero ansiosa y desafiante, dispuesta a negarlo todo para poder afirmarlo todo. Y la búsqueda misma, como se va convirtiendo en el hacer fundamental del vivir, es la primera afirmación y la primera respuesta, segura e innegable. La búsqueda otorga ya una finalidad a la existencia.

Esa búsqueda es sumamente penosa. El dolor que provoca sale como un alarido. Este doloroso carácter de la actitud inicial condiciona la concepción de Dios. El Dios de su poesía parece, como afirmó

¹ Profesor universitario, locutor nacional, periodista y escritor. Actualmente es catedrático de la Carrera de Locución en la Universidad Nacional de La Matanza (Argentina). Es Magíster en “Comunicación, Cultura y Discursos mediáticos”. Es autor de diecinueve libros. Algunos de sus textos fueron incluidos en dos libros antológicos publicados por la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), de la que es miembro correspondiente: *Entre el ojo y la letra* (2014) y *Los académicos cuentan* (2015).

Alarcos Llorach, el terrible del Antiguo Testamento. Es un Dios que no se ofrece gratuitamente, sino que huye y exige que se le siga. Un Dios que, antes de otorgar la salvación con su sacrificio, reclama del hombre un sacrificio para salvarse ambos.

La ausencia de Dios

La búsqueda desesperada y jamás resignada demuestra que Dios, para Blas de Otero, no está al alcance de la mano. Pero también demuestra que el hombre puede dirigirse a Él. El ocultamiento de Dios exige que el hombre lo busque, estableciéndose entre los dos una relación dramáticamente tensa porque la unión no se concreta, consiste en el intento y se manifiesta en una desgarradora exaltación. Blas de Otero sabe que con “eso no basta”, pero el encuentro no ocurre y el impulso no cesa. El poeta requiere la presencia sensible de Dios como prueba de su existencia. La no mostración de Dios hace más persistente su necesidad y la ausencia se va transformando en la demostración de su realidad:

Oh Dios, oh Dios, si para verte
bastara un beso, un beso que se llora
después, por qué, oh, por qué no basta eso.

[...]

Porque quiero tu cuerpo y lo persigo
a través de la sangre y de la nada.
Porque busco tu noche toda entera.

Porque quiero vivir, vivir contigo
esta horrible tristeza enamorada
que abrazarás, oh Dios, cuando yo muera.²

² Los poemas citados pertenecen a los libros: *Ángel fieramente humano*. Madrid: Ínsula, 1950. *Pido la paz y la palabra*. Torrelavega: Ediciones Cantalapiedra, 1955. *Redoble de conciencia*. Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1951.

Cada vez es mayor la imposibilidad de ver a Dios directamente, tenerlo delante, y la desesperación urge a la presencia. Por eso, intenta ver a Dios presente en un cuerpo humano desnudo y real, como un reflejo o como una participación:

Quando te vi, oh cuerpo en flor desnudo,
creí yo verle a Dios en carne viva.

La ausencia se hace presencia por la misma intensidad. En los versos siguientes, el razonamiento se cumple así: si el hambre extremado provoca la saciedad de sí mismo, la falta de Dios se siente como su misma realidad:

Hambre mortal de Dios, hambriento hasta
la saciedad, bebiendo sed, y luego,
sintiendo, por qué, oh Dios, que eso no basta.

Eso no basta y, en consecuencia, la búsqueda continúa, porque no basta para verlo, palparlo, pero sí para vivirlo y sufrirlo. Dios está presente en cada grito y en ningún instante el poeta duda de esa verdad. Las invocaciones son las pruebas que él se da a sí mismo de la presencia de Dios:

...Oh Dios. Estoy hablando
solo, arañando sombras para verte.
[...]

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sacas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Si Dios no fuera una pura realidad para Otero, ni la invocación ni las acusaciones tendrían sentido. Pero lo tienen (poéticamente) y por eso, cuando más difícil se hace hallar a Dios, más viva se siente su presencia. El sentimiento de Dios es su búsqueda desesperada, búsqueda que da lugar a diferentes situaciones del hombre con respecto a Dios.

El hombre entre Dios y el mundo

Quien busca a Dios tiene conciencia de dos realidades definidas: el mundo que lo rodea, el mundo que le corresponde como mortal y que lo habilita para buscar a Dios, y el mundo que busca, que puede tener un sentido geográfico (el reino, el más allá, el paraíso, el mundo celestial) o puede ser Dios mismo.

En el primer caso, esa otra realidad se traduce en una visión de ese mundo; en el segundo, se llega a experimentar una unión o relación mística con Dios. Esta última expresión aparece con mayor intensidad en Blas de Otero. Pero en todos los poemas hay una plena conciencia de su atadura a la tierra. Nunca olvida Otero que está más cerca de “este mundo”, con todo su horror a manos llenas. Está en medio de las dos realidades, pero en el mundo terrenal está metido hasta la frente. El hombre es:

Ángel con grandes alas de cadenas.

La singular belleza de esta imagen está dada principalmente por las oposiciones que sugiere: ángel atado, alas incapaces de ascender, ansia que no consigue liberarse, etc. También por la síntesis de conceptos. Ella resume la ubicación que, en el universo poético del autor, le corresponde al hombre: es un ángel, posee todo lo necesario para llegar hasta Dios, le bastaría con iniciar el vuelo... pero las alas no lo elevan, le hacen sentir el ruido de los eslabones que lo aprisionan a la tierra.

Así, la situación intermedia del ser humano, entre la tierra y Dios, presenta sobresaltos. Es “desde la tierra” desde donde el hombre intenta la búsqueda, que alcanza brevísimos instantes de iluminación:

Dura lo que el rayo mi luz

Como el ansia de luz es sumamente intensa, los anhelos de ascensión se van convirtiendo en la razón de la existencia:

...Señor: la vida es ese ruido
del rayo al crepitar.

La vida pasa a ser tal únicamente en los momentos de búsqueda, porque en esos momentos se produce la comunión con Dios. En esos

momentos hieres
arrebataadamente el ansia mía.

Dios a través del dolor

El poeta siente dolor por la ausencia de Dios. Por eso, junto a la búsqueda de Dios, están los sufrimientos por hallarlo; la desesperación que contienen los versos se expresa en imágenes de conmovedora fuerza estética. Son como gritos puestos en imágenes. Pero esos gritos no se deben al ocultamiento de Dios. Otero grita por el dolor que siente al no sentir a Dios. No es un dolor intelectual, sino total, del cuerpo y del alma:

...Así, repite
el corazón, furioso, su chasquido,
se resuelve en tu sombra, te flagela.

Pero el poeta sabe que no puede prescindir del dolor porque, en parte, es una respuesta: Otro poema expresa con absoluta claridad la ubicación intermedia del hombre: es polvo, mas no solamente. Si antes que Otero, otro español lo enaltecía como “polvo enamorado”, él podría afirmar: “polvo místico”:

Ponlo de pie, Señor, clava tu aurora
en su costado, y sepa que es divino
despojo, polvo errante en el camino:
mas que tu luz lo inmortaliza y dora.

Pero el poeta sabe que no puede prescindir del dolor porque, en parte, es una respuesta

...Pero te amo
a besos de ansiedad y de agonía.

[...]

...Oh, Dios, oscura llama
soy, en el árbol de tu sombra pura.

Árbol de Dios, oh sí, arboladura
hundida al fondo donde el hombre ama;
y, desde allí, mortal, eterna, clama,
reclama, sueña eternidad y altura.

Dios y el silencio

Otero busca a Dios en lo que, esencialmente, es lo “no divino”. Es luz y lo busca en la sombra; es llamado, voz, palabra, y lo busca en el silencio. Pero no lo hace como último recurso, sino que, de acuerdo con su razonamiento poético, puesto que la esencia de Dios es ser luz y palabra, debe estar, primero y sobre todo, en la sombra y el silencio:

...estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.
Oh, Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

El silencio es la voz más elocuente de Dios que llama al hombre que desesperadamente lo está buscando; el silencio gritado, que tiene más posibilidades de ser escuchado que el mismo sonido, de manera especial cuando en el alma se agitan otros ruidos y otras voces:

Oh, cállate, Señor, calla tu boca
cerrada, no me digas tu palabra
de silencio; oh Señor, tu voz se abra,
estalle como un mar, como una roca
gigante. Sí, su diluvio vuelve loca
al alma; ella ve el mar, mas nunca el abra
abierta; ve el cantil, y allí se labra
una espuma de fe que no se toca.
Poderoso silencio, poderoso
silencio. Sube el mar hasta ya ahogarnos
en su terrible estruendo silencioso.

Poderoso silencio con quien lucho
 a voz en grito: grita hasta arrancarnos
 la lengua, mudo Dios al que yo escucho.

El final: “*grita hasta arrancarnos la lengua, mudo Dios al que yo escucho*”, es un ruego para que Dios perpetúe su silencio, que es Su manera de “*arrancarnos la lengua*”, ya que el poeta, el hombre, al escuchar la muda voz de Dios, se ha entregado a Él antes que hablara.

silba a los cuatro vientos del olvido,
 a ver si vuelve Dios. A ver qué pasa.
 Qué va a pasar. Silencio a martillazos.

Martillazos de silencio contestan al “silencio del silencio” y dan sentido a la respuesta.

El hombre llama a Dios

Así como hay una búsqueda de Dios (y esto significa que el hombre va hacia él), Otero reconoce en su poesía la imposibilidad de concretar el encuentro con las solas fuerzas humanas. Dios está más allá (o más acá) de toda búsqueda, y, después de todo el afán por hallarlo, el poeta admite que la búsqueda alcanza su expresión definitiva en el llamado, que el modo de reconocer la impotencia para lograr el encuentro con Dios contando solo con la capacidad del hombre.

Arrebatadamente te persigo.
 Arrebatadamente, desgarrando
 mi soledad mortal, te voy llamando
 a golpes de silencio. Ven, te digo
 como un muerto furioso.

[...]

Salva, ¡oh Yavé!, mi muerte de la muerte.
 Ancléame en tu amor, no me desames.

[...]

Con gritos sobrehumanos
te llamé.

La lucha con Dios

El poeta lucha con Dios y esta actitud revela:

- a. Que cree en la presencia real y efectiva de Dios;
- b. Que Dios actúa, con todas las implicaciones de esta acción;
- c. Que Dios está junto a él, porque esto es luchar, pelear cuerpo a cuerpo.

En esa lucha, no importa el resultado. Aunque el hombre está recibiendo la peor parte, lo importante es el desarrollo del combate, que demuestra la cercanía de Dios. Esos golpes que recibe indican que el Dios que los da es un Dios de vivos y un Dios de acción, y que no es suficiente que el hombre lo busque para que se entregue. La búsqueda lo presenta como existente y actuante, pero es insuficiente para que se revele al hombre.

Para decir:

Pero viene un mal viento, un golpe frío
de las manos de Dios, y nos derriba.
Y el hombre, que era árbol, ya es un río.

hay que creer realmente en el Dios actuante; y para decir:

Oh, Capitán, oh, Capitán, Dios mío

hay que reconocer que es Dios quien tiene la última palabra. Y es a los que viven esa tensión, una forma de “agonía” unamuniana, a quienes se dirige principalmente Blas de Otero:

A los que luchan contra Dios, deshechos
de un solo golpe en su tiniebla honda.